



Enero

Misericordia: Experiencia de Paz.

Hna. María Soledad Sáenz Rico

*“La verdadera paz viene de tener experiencia
en la misericordia de Dios”*
(Papa Francisco).

Estamos viviendo el jubileo del Año Santo de la Misericordia proclamado por el Papa Francisco, un año en que se quiere dejar marcado el rostro misericordioso de Dios ante tantas injusticias, guerras, violencias y desastres naturales para que brote de ella la paz tan deseada.

Si miramos a nuestra historia humana y al mundo de hoy, nos damos cuenta que siempre ha habido conflictos entre los seres humanos: guerras internas, entre países y guerras mundiales. Ahora mismo, nos dice el Papa Francisco, estamos ante una Tercera Guerra Mundial que se da por etapas, en diversos momentos y países.

La paz es más que un sentimiento. En hebreo la palabra *shalom* significa, paz, integridad, calma, tranquilidad, bienestar, retribución, equilibrio, armonía, etc. El Papa Francisco dice que la paz “se construye día a día en la instauración de un orden querido por Dios”. De la misma manera, Jesús, en las bienaventuranzas, delinea un proyecto de vida. Cuando llama “Bienaventurados” a los que trabajan por la paz, y los llama “hijos de Dios” (Mt 5, 3-12), el nazareno no está pensando en una paz que “silencia o tranquiliza a los más pobres” (“EG 218). La paz a la que se refiere, es aquella que hace arder, “He venido a traer fuego” (Lc 12:49). Esta paz, que causa una transformación, es fruto de una entrega total. Dice el Papa Francisco, “es fruto de la victoria del amor de Dios sobre el mal, es el fruto del perdón y de la misericordia.

Más aún los cuatro evangelios señalan que el don de Jesús resucitado es la paz. Al aparecerse a sus apóstoles, Jesús los invita a hacer una experiencia de encuentro. A Tomás se le concede tocar las marcas que dejaron los clavos y la lanza. Ante la resistencia a creer al testimonio de toda una comunidad, Jesús lo invita a una relación única y profunda, ante la cual Tomás no puede más que exclamar, “¡Señor mío y Dios mío!” (Jn. 20, 28). Y es propiamente así: la verdadera paz, aquella profunda, viene de experimentar la misericordia de Dios”, surge al adentrarse en la identidad profunda de Jesús, que revela, a la vez, la nuestra.

El Papa ha declarado que “la humanidad vive un giro histórico” y que por tanto se precisa saber leer los signos de los tiempos. Uno de los signos que el Papa ha identificado es la conflictividad como resultado de la exclusión. “La inequidad es raíz de los males sociales”, dice el Papa en la *Evangelii Gaudium* y advierte que para que haya paz, se deben detener “los procesos de deshumanización” que provocan inequidad y exclusión. “Hay una íntima conexión entre evangelización y promoción humana” (LS 178), dice el Papa, y “cuando la sociedad abandona en la periferia a una parte de sí misma, no habrá programas políticos, ni recursos policiales o de inteligencia que puedan asegurar indefinidamente la tranquilidad...”.

porque este sistema social y económico es injusto en su raíz” (LS 59). Al referirse a la paz social, el Papa deja claro que “una paz que no surja como fruto del desarrollo integral de todos, tampoco tendrá futuro y siempre será semilla de nuevos conflictos y de variadas formas de violencia” (LS 219).

En un mundo violento como es el nuestro, la misericordia se convierte en un gesto profético cuando surge del reconocimiento del sufrimiento de los más vulnerables, por ser los predilectos de Dios. Los evangelios hablan de Jesús, que tuvo compasión de la viuda de Naim (Lc 7,11-17), del leproso (Mt 8, 1-3), de la muchedumbre que andaba como ovejas sin pastor (Mc, 34-44). Al acercarse a la gente, Jesús se muestra misericordioso y transmite paz y ternura. Los pecadores, los enfermos y los atribulados por el mal, ven en Jesús el rostro misericordioso de Dios y experimentan una profunda paz. Él es el Shalom de Dios que llega a la humanidad para llenarla de plenitud, de armonía y de orden. “Cristo es nuestra paz” (Ef. 2,14-17). Junto con la paz, Jesús donó a sus discípulos el Espíritu Santo, “para que pudieran difundir en el mundo el perdón de los pecados”.

En este sentido, la misericordia llega a una etapa de maduración cuando logra incluir en su círculo de vida y humanidad a quienes son causa de muerte y de sufrimiento. La compasión de que Jesús habla, va mas allá de “tener entrañas de misericordia para los que sufren”. Lo peculiar en su mensaje es que esta compasión se extiende también a los que hacen el mal. L. Orione lo decía, “no es perfectamente bueno quien no sabe ser bueno con quien es malo”. Jesús narró las tres parábolas de la misericordia porque los fariseos y los escribas no querían entender su mensaje, lo criticaban al ver que permitía que los pecadores se le acercaran, o que incluso comía con ellos (Lc 15, 1-3). Entonces explicó por medio de las parábolas de la Misericordia, que Dios no quiere que se pierda uno sólo de sus hijos e hijas, y que su corazón se alegra cuando un pecador se deja envolver por el abrazo amoroso de Dios. Jesús sabía que Dios en su bondad, “hace salir su sol sobre buenos y malos” (Mateo 5:45).

La verdadera religión consiste, por tanto, en entrar en sintonía con este Corazón “rico en misericordia”, sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso” (Lc 6, 36-38), las palabras “amad a vuestros enemigos” (Mt 5:47). Presentan un programa de vida que va en contra de todo lo que el sistema actual promueve.

Como Jesús encontramos personas que “pasan haciendo el bien”. Y es que como dice Mark Twain “la bondad es el idioma que el sordo puede oír y el ciego puede ver”. Uno de ellos es el Papa Francisco, un ícono de bondad, que contagia y cautiva. Así lo señala José María Castillo, teólogo español, “lo que más llama la atención del Papa Francisco es su bondad. Una bondad que no se predica, ni se enseña, ni se impone. La bondad se contagia. El que es bondadoso crea un clima de bondad. Y eso cambia la vida, la de uno y la de los demás”.

Preguntas para la reflexión

- 1. ¿Qué conexión encuentras entre la misericordia y la construcción de la paz?**
- 2. ¿Qué iniciativa tendrías que realizar para encontrar senderos de paz en tu comunidad?**
- 3. Menciona a dos personas que “pasan haciendo el bien”. ¿Qué puedes aprender de ellas?**



Febrero

Misericordia: Una Llamada a la Consagración

Hna. María Teresa Landa Aguilar

*“Al contemplar aquel gran gentío,
Jesús sintió compasión
porque estaban decaídos como ovejas sin pastor.
Y dijo a sus discípulos: la cosecha es abundante
pero los obreros son pocos.
Rueguen pues al dueño de la mies,
que envíe obreros a su mies” (Mt 9, 36 – 38).*

Esta cita revela la situación que estamos pasando en nuestro tiempo, la crisis de fe, la falta de sentido en la vida. ¿Cómo puede una persona vivir con entusiasmo y superar las contradicciones de la vida si no tiene una fuente de donde extraiga la fuerza necesaria para luchar, que corresponda a aquello que realmente necesita su alma?

En un mundo globalizado y bombardeado por multitud de ideologías, existe el riesgo de perder la orientación sobre lo que realmente vale y sufrir más tarde las consecuencias y el desencanto. Se trata de algo serio porque estamos apostando nuestra vida y nuestro tiempo.

Dios tuvo compasión de nuestra situación de extravío al vernos buscar la felicidad donde no puede ser encontrada. Por tanto, no queriendo que terminásemos en la frustración y la desesperanza, envió a su Hijo amado para rescatarnos y darnos vida en abundancia (Jn 10, 10). Precisamente la misión de Cristo consistió en venir a mostrar en su plenitud el Amor de Dios (Lc. 4, 18 – 19), que va más allá de dar lo justo. Él se compadece de nuestra miseria y nos hace nuevos, llenándonos de sus dones. Basta que le abramos el corazón.

Dios Padre misericordioso extiende sus brazos hacia nosotros a través de su Iglesia, es decir, mediante aquellos a quienes llama y consagra para realizar esta tarea, “obrereros para Su mies; pescadores de hombres y mujeres para el Reino”.

Quien realmente se ha encontrado con Cristo no puede permanecer indiferente frente al estado miserable en que subsiste nuestro mundo, oprimido y manipulado por los intereses económicos de unos pocos, que llegan a amenazar hasta la misma sobrevivencia de los seres vivos en el planeta.

Muchas veces nos sentimos impotentes y lo somos realmente si nos resignamos, si no promovemos una toma de conciencia, si no oramos, si no buscamos soluciones, si no nos unimos en la lucha, si no protestamos, si no dejamos aplastar por el pesimismo.

Algo en que no pensamos es que nuestra mano débil, unida a la de Dios, se vuelve fuerte, y un compromiso serio aunque sea a nivel local y “aquí entre nos” puede desencadenar una fuerte reacción, impactando,

despertando y moviendo muchos corazones a hacer lo mismo. Pensemos en todos los fundadores de familias religiosas. La Madre Teresa de Calcuta, por ejemplo, inició su apostolado sola y sin recursos, los grandes logros los realizó gracias a su testimonio, incluso los hinduistas le tienen una gran admiración. Otro ejemplo nos lo da Santa Teresita del Niño Jesús, cuya vida escondida en el claustro es conocida en todo el mundo y ha inspirado a numerosas personas y grupos, tanto religiosos como laicales.

Todavía hoy, después de más de 30 años de experiencia como misionera, me encuentro muchas veces ante la misma sensación que tuvo Jesús: siento compasión por muchas de las personas pareciera que se dejan sofocar y no confían realmente en el poder sanador de Cristo. Entonces sus preocupaciones se vuelven, un modo de vivir que resulta un desgano, rutina y tristeza constantes, mientras Jesús está a la puerta esperando que se le abra (Ap. 3, 20). En otras ocasiones veo muchas posibilidades de evangelización, pero pocas personas disponibles a ofrecer su tiempo y dedicación con perseverancia debido a múltiples motivos y así grandes oportunidades se pierden por falta de obreros para la mies.

He visto en ocasiones laicos muy comprometidos y dignos de quitarse el sombrero delante de ellos por su espíritu de sacrificio, perseverancia y entrega. A veces me he preguntado acerca de nuestros métodos de evangelización, de la necesidad de retribuir también a quienes sacrifican su tiempo, su estar en familia y a veces hasta su trabajo por el Reino de Dios.

No basta sentir compasión, es necesario buscar los medios para que la misericordia de Dios se haga efectiva en los que sufren y esto exige dedicación y entrega, de ahí la llamada a la consagración.

Esto me hace pensar que, aunque yo tenga grandes expectativas, la conversión del corazón en las personas no depende de mí sino de Dios y de la buena voluntad de cada persona. Cristo es el único salvador. Cada persona, al término de su misión, tendría que decir, “siervos inútiles somos” (Lc. 17, 10) porque “no es importante quien siembra, o quien riega”, sino “Dios quien hace crecer” (1 Cor. 3, 7).

Muchos presenciaron y escucharon los discursos de Jesús, pero con diferentes actitudes: algunos con curiosidad, otros se sentían atraídos por sus palabras, otros veían en Él al futuro caudillo que los salvaría de las manos de los romanos, otros para cogerlo en alguna de sus palabras y acusarlo después. El caso es que al final fueron pocos los que le permanecieron fieles.

Cristo es y será siempre el modelo a seguir que Dios pone ante nuestros ojos. No podemos ignorar sus palabras: “*Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra*” (Jn. 4, 34) ni las palabras de San Pablo: “Los hijos de Dios son los que se dejan guiar por el Espíritu” (Gal. 8, 14). Del mismo modo, siendo hijos e hijas de Dios Padre misericordioso, estamos llamados a manifestar su misericordia, Ya lo decía la carta a los consagrados, “Todo cristiano, sobre todo nosotros, estamos llamados a ser portadores de este mensaje de esperanza que da serenidad y alegría: la consolación de Dios, su ternura para con todos”.

Preguntas para la reflexión

- ***Conferencias religiosas en países latinoamericanos han asumido la trata de personas, la migración y la ecología como ámbitos prioritarios, de qué manera las comunidades cristianas apoyan y unen fuerzas ante esta opción profética?***
- ***Las vocaciones a la vida religiosa provienen de las familias, por tanto, que tipo de formación debería asegurarse en las familias para favorecer bases sólidas que garanticen la misericordia, la justicia y a ternura de religiosos, religiosas y sacerdotes?***



Marzo

Misericordia: Con Rostro de Mujer

Hna. Cecilia Sierra Salcido

“¿Puede una madre olvidarse de su hijo, no conmovirse por el hijo de sus entrañas? Pues aunque ella se olvide, yo no te olvidaré” Is 49, 15.

En nuestra conversación de todos los días sale a relucir la palabra misericordia. Contemplando la realidad de nuestro mundo, y ante el despliegue de acciones de “gente sin entrañas”, nos viene espontáneo implorar la misericordia de Dios. “Que Dios tenga misericordia de nosotros”, decimos al ver lo que sucede en Guerrero, Michoacán, Siria, Sudán, Centroáfrica, o al sentir los efectos cada vez más contundentes del calentamiento global. Y es justo relacionar a Dios con la misericordia ya que lo que más y mejor define a Dios, su identidad más profunda, es precisamente la misericordia.

A lo largo de la historia, tradiciones religiosas, no sólo la judeocristiana, han usado “*metáforas femeninas*” para tratar de entender el misterio insondable de Dios. Intenta “googlear” *misericordia, vientre materno y ternura en la Biblia*. Te sorprenderá encontrar que Dios se ha manifestado y está unido a su pueblo “con lazos de amor, con gestos de ternura” (Os 11,1-4). Algunas metáforas que el pueblo de Israel utiliza para describir a Dios son Sabiduría sagrada (libro de la Sabiduría), gallina que reúne a sus pollos (Mt 27), mujer que amasa la harina (Lc 13, 8), mujer que teje (Sal 139, 15), mujer que busca a su amado (Cantar de los Cantares), águila con sus aguiluchos bajo las alas (Sal 17, 8), mujer que busca cuidadosamente una moneda (Lc 15, 8-10), etc.

En la Biblia se aplican a Dios los términos rahamin (entrañas, misericordia) y rahum (misericordioso). Todos estos términos, en clave femenina, indican vínculos de vida y protección, cuidado, intimidad, etc. Lo que quiere decir que para describir la ternura, la compasión y la cercanía de Dios, la tradición judeocristiana ha usado imágenes propiamente femeninas: Dios quiere estar unido a su pueblo como una mujer al bebé que se teje en su vientre, a quien se arrulla, se amamanta y acaricia.

De igual manera, la imagen del vientre o réhem (seno materno), como centro de los sentimientos y acciones de Dios para con su pueblo es recurrente. El vientre es el lugar donde el bebé experimenta una mayor cercanía y vinculación con la madre. Es el lugar del cuidado, de la defensa y del crecimiento, de la participación afectiva íntima, profunda, tierna y eterna (Is 49, 14-15). Una nota característica es que el vientre no controla para siempre, sino que deja libre y engendra. En este sentido la misericordia de

Dios no se limita a dar vida, como el rol de la madre no termina al engendrar. Proteger, abrazar, cuidar, limpiar, lavar, incluir, sanar, nutrir, acompañar, perdonar, etc son verbos que en diversos pasajes bíblicos describen las acciones que Dios realiza en favor de su pueblo. Estos verbos, íntimamente relacionados con misericordia y la compasión, (Jr 31, 20) se usan para describir a Dios mismo (Ex 34,6-7).

Por tanto, dado que somos “hechura de Dios”, la misericordia se encuentra inscrita en nuestro código genético. Ante esto, la teóloga Elizabeth Johnson sostiene que la misericordia divina, su inteligencia, y actividad creativa y transformadora constituyen nuestra identidad más profunda y que estas características nos conectan con Dios quien “da a luz y orienta al universo”.

Con todo, ser misericordiosos, tiernos y compasivos no es sólo para mujeres. José Pagola, teólogo español, ve en Jesús el rostro humano de Dios y sostiene que “la compasión es la herencia de Jesús a toda la humanidad”. En línea con la tradición profética, Jesús entendió que Dios, se pone del lado de los últimos y reclama justicia, misericordia y humildad para ellos (Am 5, 5-7, Is 1, 10-12; Mi 6, 6, 5-8; Za 7, 4-14, Ex 3, 7-8). De ahí que el mensaje y acciones de Jesús estaban destinados a sanar, lavar, incluir, y “erradicar el sufrimiento”, usando la consigna, “misericordiosos como el Padre”, como “principio de acción”. Para Pagola, el gran pecado contra el Proyecto de Dios consiste en ser indiferentes ante el dolor y el sufrimiento de los otros y asegura que para construir un mundo más humano y digno se requiere “la compasión activa y solidaria”. Por tanto, hombres y mujeres estamos llamadas a tener “un corazón dirigido hacia el mísero”, lo cual requiere abrir sólo los ojos para ver alrededor nuestro a tantas personas que están en estado de vulnerabilidad. Ante tantos actos de deshumanización, es nuestro deber, como seres procedentes del mismo “vientre divino” el tener entrañas de misericordia.

En definitiva lo que nuestro mundo de hoy necesita es rescatar la ternura y la compasión de Dios. El Papa Francisco, signo de los tiempos, recoge este reto. En el año de la Misericordia el Papa invita a fijar nuestra mirada en Dios, Rico en Misericordia porque es claro que en nuestros días “la compasión no es el primer principio de la Iglesia” (Pagola). El Papa quiere que la Iglesia sea “espacio de la misericordia y de la esperanza de Dios, donde cada uno se sienta acogido, amado, perdonado y alentado a vivir según la vida buena del Evangelio”. Para que la Iglesia sea “lugar de la misericordia gratuita”, (EG 181), el Papa nos invita a dejarnos sorprender y renovar por la misericordia de Dios, (MV 24) y a ser instrumentos de esta misericordia, “cauces a través de los cuales Dios pueda regar la tierra, custodiar toda la creación y hacer florecer la justicia y la paz”. Que podamos aprender a mirar la vida, a las personas y los acontecimientos con la ternura de Dios, quien con entrañas de misericordia crea, confía, cuida, nutre, protege y defiende la vida.

Preguntas para la reflexión

- **Recuerda a las personas más significativas de tu vida. Puedes iniciar con tus papás, abuelas, tías, hermanas, hermanas, primas, maestras, amigas cercanas... Estas personas han sido los canales, los lazos de amor, con que Dios te quiere atraer. Sin estas relaciones generadoras que nutren no seríamos lo que somos. Constituyen nuestro referente. Así mismo pregúntate, para quién has sido o eres vínculo de vida y protección, referente, cuidado, guía, etc...**
- **¿Qué te corresponde hacer para aliviar el sufrimiento y para proteger la vida, frente a todo aquello que sigue amenazando y acabando con la vida de tantos inocentes?**



Abril

Misericordia: Vida en abundancia

Hna. Cristina Ibarra Barba

*Dios Padre, Creador y Señor de la vida,
nos ama con amor misericordioso*

El Papa Francisco nos ha recordado que «Dios no es indiferente a nosotros, que está interesado por cada uno, y que su amor le impide ser indiferente a lo que nos sucede». Esto es un gesto claro de su ser misericordioso. Dios es un Padre amoroso que se nos ha revelado a lo largo de toda la historia de la salvación. El Dios Creador, principio de todo cuanto existe nos lleva en sus entrañas y ha puesto en cada uno el sello de su bondad.

Este modo de ser de Dios lo aprendimos de Jesús. Para él, Dios no es una bella doctrina, ni mucho menos un Dios lejano o ajeno a nuestras necesidades y sufrimientos, sino una presencia '*Viva, Personal y Cercana*' que nos hace vivir y amar intensamente la vida. La gran pasión de Jesús fue hacernos experimentar el verdadero rostro del Dios amor y su proyecto para nosotros.

En Jesús descubrimos a este Dios que se duele del sufrimiento humano, que cura a los enfermos, que libera a los leprosos de su marginación, que abraza los más pequeños y frágiles, que libera a los poseídos por espíritus malignos, que acoge a los pecadores despreciados por todos, en fin, que pasa por el mundo haciendo el bien (Heb. 10, 38).

En Jesús la misericordia engendra vida porque se traduce en acciones concretas de sanación, restauración y liberación; en gestos de acogida, amor, perdón y misericordia. Juan resume así la actividad misionera de Jesús: «*Yo he venido para que tengan vida y vida plena*» (Juan 10, 10). Para él, la vida de cada persona está por encima hasta del mismo culto (cf. Mc 2, 27). Dice con firmeza: «*Misericordia quiero y no sacrificios*».

Las parábolas más bellas que salieron de labios de Jesús y, sin duda, las que más trabajó en su corazón fueron las que narró para hacernos intuir a todos la increíble misericordia de Dios, son las llamadas parábolas de la misericordia presentadas por san Lucas.

En la parábola del hijo pródigo, *Dios padre, conmovido hasta las entrañas* (cf. Lc. 15, 11-32), nos recuerda: «Tu hermano estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y lo hemos encontrado» (Lc. 15, 11-32) buscando hacer sentir al hermano la misma compasión que él siente por el hijo que ha vuelto, una compasión que genera vida.

Dios busca conducir la historia de cada hombre y mujer hasta una fiesta final donde se celebre la VIDA y la liberación de todo lo que esclaviza y degrada al ser humano. Jesús habla de un banquete abundante, de música y de baile. Se expresa en términos de hijos perdidos que despiertan la compasión del Padre, de hermanos invitados a acogerse. *¿Será este el secreto último de la vida plena?* nos cuestiona Pagola en sus escritos.

¡Llamados a ser profetas de la misericordia de Dios!

Papa Francisco

En el seguimiento de Jesús, aprendemos de Él mismo su compasión entrañable ante el dolor humano; su cercanía a los pobres y a los pequeños. *El Papa Francisco nos ha dicho que "El cristiano es aquel que permite que Dios lo revista de su bondad y misericordia, que lo revista de Cristo, para llegar a ser como él, siervo de Dios y de los hombres".*

En los últimos años, hemos vivido situaciones dolorosas en nuestro país que requieren de nuestra parte actitudes de compasión. Nuestros obispos han alzado su voz para recordarnos nuestro compromiso cristiano:

«Nos duele profundamente la sangre que se ha derramado: la de los niños abortados, la de las mujeres asesinadas; la angustia de las víctimas de secuestros, asaltos y extorsiones; las pérdidas de quienes han caído en la confrontación entre las bandas, que han muerto enfrentando el poder criminal de la delincuencia organizada o han sido ejecutados con crueldad y frialdad inhumana. Nos interpela el dolor y la angustia, la incertidumbre y el miedo de tantas personas y lamentamos los excesos, en algunos casos, en la persecución de los delincuentes. Nos preocupa además, que de la indignación y el coraje natural, brote en el corazón de muchos mexicanos la rabia, el odio, el rencor, el deseo de venganza y de justicia por propia mano.

Contemplando lo que Jesús hizo, con la luz de su Vida y de su Palabra, queremos discernir lo que nosotros debemos hacer en las circunstancias que se viven en nuestra patria. **Nos sentimos movidos a la compasión evangélica** (Cf. Lc 10, 25-37) que nos impulsa a acercarse a los que sufren, el consuelo de la fe, la fortaleza de la esperanza y el bálsamo de la caridad».

De igual manera, refiriéndose a la realidad mundial marcada por el odio y la indiferencia ya el Papa Benedicto XVI hizo una exhortación: «Hago un llamamiento urgente a todos los hombres y mujeres de buena voluntad, y a todos los que son testigos del flagelo de la esclavitud contemporánea, para que no sean cómplices de este mal, para que **no aparten los ojos del sufrimiento de sus hermanos y hermanas en humanidad**, privados de libertad y dignidad, sino que **tengan el valor de tocar la carne sufriente de Cristo**, que se hace visible a través de los numerosos rostros de los que él mismo llama «mis hermanos más pequeños» (Mt 25,40.45).

Concluimos con una reflexión de Pagola respecto al juicio final presentado por Mateo (Mt. 25, 31-46). «Allí están todas las razas y pueblos, de todas las culturas y religiones, gente de todos los tiempos. Unos han reaccionado con compasión ante los necesitados, los otros han sido indiferentes. Lo que va a decidir su suerte no es su religión o su piedad. Lo decisivo será si actuaron con indiferencia o con compasión ante el sufrimiento de otros.

En la parábola se habla de necesidades básicas. Situaciones que se dan en todos los pueblos. En todas partes hay hambrientos y sedientos; hay inmigrantes y desnudos; enfermos y encarcelados. No se pronuncian grandes palabras como «justicia» o «solidaridad». Se habla de comida, de ropa, de algo de beber, de un techo donde resguardarse. No se habla tampoco de «amor» sino de cosas tan concretas como «dar» «acoger». La respuesta a estas necesidades básicas **es el mejor reflejo del corazón de Dios y la mejor concreción de su Reino.**

Termino con la invitación de Jesús: «Sean misericordiosos como mi padre es misericordioso», solo así viviremos plenamente la vida. No olvidemos que somos **¡Llamados a ser profetas de la misericordia de Dios!** (Papa Francisco)

Preguntas para la reflexión

- ¿Qué te implicaría ser sal, luz y levadura en nuestra sociedad hoy?
- ¿Observa la realidad de tu familia, tu comunidad parroquial, tu barrio, y tu país, es esto lo que quiere Dios para sus hijos e hijas? ¿Quién debería actuar?

Bibliografía

- Mensaje del Papa Francisco para la Cuaresma 2015.
Documento pastoral del Episcopado mexicano: Que en Cristo nuestra paz, México tenga vida
Escritos de José Antonio Pagola
39 Cf. Conferencia del Episcopado Mexicano, Mensaje *Les anunciamos a Jesucristo, su venida nos ha traído la Buena Noticia de la Paz*, (12 de noviembre de 2009), No. 7.
41 San Agustín, *Confesiones*, libro III, cap. VI, 11.
42 Cf. Benedicto XVI, *Discurso inaugural a la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe*, No. 3.



Mayo

Misericordia: Cuidado del Planeta

Hna. María Cecilia Sierra Salcido

En la encíclica, *Laudato Sii* el Papa Francisco hace una conexión entre la degradación humana y la degradación de la naturaleza y pone de relieve "la raíz humana de la crisis ecológica" (101-10).

Hablando en términos de una ecología integral, el Papa declara que, "basta mirar la realidad con sinceridad para ver que hay un gran deterioro de nuestra casa común". (20-22) Si "los desiertos exteriores se multiplican en el mundo es porque se han extendido los desiertos interiores" (217), dice el Papa.

La naturaleza, el lugar de la manifestación y de la presencia de Dios (88), sufre una crisis lacerante que se manifiesta en el cambio climático (20-22), en el deterioro de la calidad de la vida humana y en la degradación de la vida social (43-47). Esta "ofensiva humana" contra la Madre tierra ha escalado "en los últimos siglos" (53) dice el Papa. En esta nueva era geológica, el "comportamiento que parece suicida" (55) y el afán por "mantener hábitos autodestructivos" (59) hace "insostenible" el sistema mundial (61).

El Papa enfatiza que tanto la degradación del medio ambiente como de la degradación humana y social, "afectan de un modo especial a los más débiles del planeta". (48) La encíclica *Laudato Sii* afirma que "es gravísima iniquidad obtener importantes beneficios haciendo pagar al resto de la humanidad, presente y futura, los altísimos costos de la degradación ambiental". (36) El Pontífice expresa que la humanidad "ha defraudado las expectativas divinas" (61) en pro de intereses económicos y denuncia la alta tasa de iniquidad planetaria, que afecta a todos los ámbitos de la vida. (48-52)

Esta realidad no corresponde al sueño de amor de Dios. El primer gesto de Misericordia lo tuvo Dios en el momento mismo de la Creación. En el Génesis, se dice que "Dios vio todo lo que había hecho y era *muy bueno*" (*Gn* 1,31) (65). En los relatos de la creación, dice el Papa "ya estaba contenida una convicción actual: que todo está relacionado, y que el auténtico cuidado de nuestra propia vida y de nuestras relaciones con la naturaleza es inseparable de la fraternidad, la justicia y la fidelidad a los demás". (68)

Tomando como fuente de inspiración a San Francisco de Asís, quien "entraba en comunicación con todo lo creado, y hasta predicaba a las flores "invitándolas a alabar al Señor, como si gozaran del don de la razón" (11), el Papa afirma que la creación "tiene que ver con un proyecto del amor de Dios donde cada criatura tiene un valor y un significado" (76). El Papa afirma que "todo el universo material es un lenguaje del amor de Dios, de su desmesurado cariño hacia nosotros. El suelo, el agua, las montañas, todo es caricia de Dios" (84). Por tanto, de las obras creadas se asciende "hasta su misericordia amorosa" (77).

En este marco, el Papa llama a "una conversión ecológica global" (5) y a "una cultura del cuidado que impregne toda la sociedad" (231) "hecha de simples gestos cotidianos para romper la lógica de la violencia, del aprovechamiento, del egoísmo" (230), y cultivar además la "feliz sobriedad" y la convicción de que "menos es más", (224) dice el Papa. Debemos confiar que "la humanidad aún posee la capacidad de colaborar" y autotranscenderse, añade el Pontífice. Mirando, "más allá del sol", el Papa hace un llamado a "una solidaridad universal nueva" porque "un crimen contra la naturaleza es un crimen contra nosotros mismos y un pecado contra Dios" (8).

La conclusión del Papa es simple: "el ambiente humano y el ambiente natural se degradan juntos, y no podremos afrontar adecuadamente la degradación ambiental si no prestamos atención a causas que tienen que ver con la degradación humana y social" (48). Se trata de una "degradación moral, burlándonos de la ética, de la bondad, de la fe, de la honestidad" y de una "alegre superficialidad" (229) que son signos y síntomas "de una verdadera degradación social, de una silenciosa ruptura de los lazos de integración y

de comunión social" (46). Por tanto es apremiante la "necesidad de un cambio de rumbo, un nuevo comienzo" (207) para escapar del "espiral de autodestrucción en la que nos estamos hundiendo" (163), dice el Papa.

Por tanto la encíclica *invita a mirar a la tierra como* "un bien común, de todos y para todos" (23) y a mantener con claridad la conciencia de que en el cambio climático hay *responsabilidades diversificadas* (52). De manera "sensible y cordial", el Papa descubre entre los pliegues de esta compleja realidad rostros y dramas humanos y un mar de sufrimiento tanto en seres humanos como en la madre Tierra. Hablar de integridad ecológica no es un discurso "verde", aclara el Papa sino "*un planteo social*, que debe integrar la justicia en las discusiones sobre el ambiente, para escuchar *tanto el clamor de la tierra como el clamor de los pobres*" (49). Todas las religiones "deben pertenecer al cuidado de la naturaleza y la defensa de los pobres" (201), ya que la creación "pertenece al orden del amor" (77).

El Papa da pautas para crear una "ciudadanía ecológica". Hace falta "volver a sentir que nos necesitamos unos a otros, que tenemos una responsabilidad por los demás y por el mundo, que vale la pena ser buenos y honestos". (229). La interdependencia de todos con todos nos lleva a pensar "en un solo mundo con un proyecto común" (164), y advierte, "Ya no puede hablarse de desarrollo sostenible sin una solidaridad intergeneracional" (159). El Papa subraya que "Dios nos ha unido tan estrechamente al mundo que nos rodea, que la desertificación del suelo es como una enfermedad para cada uno, y podemos lamentar la extinción de una especie como si fuera una mutilación" (89). La tarea concreta de familias, escuelas, Iglesias y espacios sociales, sería por tanto, no sólo "informar" sino "desarrollar hábitos" y cultivar "sólidas virtudes" que van en la línea de reducir, reciclar, reutilizar y re pensar asumidos como "actos de amor que exprese nuestra propia dignidad" (211).

El universo puede seguir siendo sacramento de la misericordia de Dios. "Caminemos cantando", dice el Papa, "Que nuestras luchas y nuestra preocupación por este planeta no nos quiten la alegría de la esperanza" (244). Y continúa, "Que nuestro tiempo se recuerde por despertar a una nueva reverencia ante la vida, por la firme resolución de alcanzar la sostenibilidad, por acelerar la lucha por la justicia y la paz, y por la alegre celebración de la vida".

Preguntas para la reflexión

- *Lee atentamente la Encíclica, Laudato Sii, ¿qué pasos concretos te invita a dar a nivel personal, comunitario y como sociedad? ¿De qué manera contribuyes a la degradación social y del planeta? ¿Qué tiene que cambiar en tu estilo de vida para desarrollar y fomentar la cultura del cuidado?*

Oración por nuestra tierra

Dios omnipotente,
que estás presente en todo el universo
y en la más pequeña de tus criaturas,
Tú, que rodeas con tu ternura todo lo que existe,
derrama en nosotros la fuerza de tu amor
para que cuidemos la vida y la belleza.
Inúndanos de paz, para que vivamos como hermanos y hermanas
sin dañar a nadie.
Dios de los pobres,
ayúdanos a rescatar
a los abandonados y olvidados de esta tierra
que tanto valen a tus ojos.
Sana nuestras vidas,
para que seamos protectores del mundo
y no depredadores,
para que sembremos hermosura
y no contaminación y destrucción.
Toca los corazones
de los que buscan sólo beneficios
a costa de los pobres y de la tierra.
Enséñanos a descubrir el valor de cada cosa,
a contemplar admirados,
a reconocer que estamos profundamente unidos
con todas las criaturas
en nuestro camino hacia tu luz infinita.
Gracias porque estás con nosotros todos los días.
Aliéntanos, por favor, en nuestra lucha
por la justicia, el amor y la paz.



Junio

Misericordia: Experiencia del Corazón

Hna. Verónica Vázquez Floriano

"Pero yo les digo a los que me escuchan: amen a sus enemigos, hagan el bien a los que los odian; bendigan a los que los maldigan, rueguen por los que los difaman. Al que te hiera en una mejilla, ofrécele también la otra, al que te quita el manto, no le niegues ni siquiera la túnica. A todo el que te pida da, al que tome de lo tuyo, no se lo reclames. Y lo que quieran que les hagan los hombres háganselo ustedes igualmente". (Lc 6, 27-31)

Vivimos en un mundo en el que el mal se visibiliza de muchas maneras: persecuciones a los cristianos por parte de grupos fundamentalistas, crece el número de empobrecidos, las migraciones producen un número incontable de muertos, sobre todo de los países más pobres del planeta, guerras de poder en diferentes países del África, desigualdad, hambrunas, etc.

Solo podemos leer este texto del Evangelio en este momento histórico como una exhortación a tener un corazón como el del Dios de Jesucristo. Estas palabras, tan oídas, tan trilladas para muchos de nosotros y a veces tan poco creídas y practicadas, son palabras estrictamente autobiográficas: El Señor Jesús hizo primero esto con nosotros, estas palabras me ayudan a entender como Dios me ama a mí, de manera que, al reconocermelo agraciado por la misericordia del Señor, convierta esta gracia en fuente de mi vida nueva.

En esta Palabra se revela quien es Dios para mí, quien soy yo para Él y quien tengo que ser yo para los demás.

Quien es Dios para mí. En Jesús, se me revela el corazón y el rostro de un Dios que me ama aun y cuando yo sea todavía su enemigo, me hace el bien aunque yo lo odie, me bendice aunque yo lo maldiga, intercede por mí, mientras yo le doy muerte; con tal que yo me salve, está dispuesto a sufrir cualquier mal que yo haga; yo lo despojo y el me reviste con su desnudez; me ofrece como don, incluso aquello que yo no me atrevo a pedirle y no me pide que le restituya lo que yo le he robado. Realmente su corazón rebosa de amor hacia mí, que le he hecho recorrer muchos kilómetros: ¡Un camino infinito! Él es condescendencia infinita con mi abismo

En este amor hacia mí, me revela quien soy yo para Él: infinitamente amado, aunque sea su enemigo, lleno de odio, maldiciente, renegado, violento, capaz de despojar, petulante, indigente, ladrón. Precisamente hacia mí, que estoy en esta situación. El derrama todo su amor y me concede su gracia y su misericordia. Conocer a Dios así, no es otra cosa que conocerlo en el Espíritu, es experimentar y conocer el verdadero rostro de Dios. Esta es la salvación.

Quien tengo que ser yo para los otros: hermano/a como Jesús, el Hijo. Lo que hizo por mí, se convierte en un imperativo para que yo sea el que soy. El rostro de Cristo es mi verdadero rostro. Esta es mi vocación como hijo/a de Dios, y a esa vocación su amor me llama y me habilita. En la medida en que conozco su rostro, soy transformada en su imagen.

El Papa Francisco, nos ha exhortado continuamente a mostrar el rostro misericordioso de Dios, Pero la misericordia de Jesús no es sólo sentimiento, es más, es una fuerza que da vida, ique resucita al ser humano! A la víctima y al victimario, al que es agredido y al agresor y es capaz de devolverle al ser humano su rostro, su verdadero rostro.

Es entrar en el corazón, en lo más profundo, ahí donde la vida se experimenta de muchas maneras, donde se siente lo frágil, lo que duele, lo que se ama, también el llanto como expresión de tristeza, de dolor, pero también de amor, el estremecimiento por compasión, la comprensión, la ternura, la empatía, es decir, entrar ahí donde expresamos el amor de múltiples maneras.

Quien ha experimentado este amor misericordioso, será capaz de vivir en este mundo con esperanza, construyendo una experiencia de vida diferente, es capaz de ser un oasis en medio al desierto, porque su fuente está en el corazón misericordioso de Dios.



Julio

Misericordia: Servicio a la Justicia,

Hna. Silvia Flores Alvarado

Pareciera que las palabras *misericordia* y *justicia* se contraponen, pero no es así. Para las y los cristianos “la Misericordia no anula la Justicia, sino que es como la plenitud de la Justicia” (Santo Tomás de Aquino). Ser misericordiosos y no atender la justicia sería algo muy contradictorio para los seguidores de Jesucristo.

La justicia de Dios hacia nosotros/nosotras se manifiesta en su misericordia gratuita e incondicional; la suya, es una misericordia que acoge las miserias de la humanidad, de los pobres, de las víctimas de la sociedad para así liberarlos de todo mal y de toda esclavitud. Estas son la misericordia y justicia de Dios. Para ser misericordiosos y justos necesitamos primeramente vivir en carne propia la misericordia de Dios y su justicia; es decir, requerimos sentirnos envueltos y envueltas en el Corazón de Dios que nos recibe así como somos para liberarnos, promovernos, salvarnos y hacernos personas plenas en su Hijo Jesús. Si no conocemos la misericordia de Dios no podemos ser misericordiosos con las y los demás.

“La Misericordia: es la ley fundamental que habita en el corazón de cada persona cuando mira con ojos sinceros al hermano que encuentra en el camino de la vida” (Papa Francisco). Al mirar a los hermanos y hermanas que viven en situaciones de precariedad y sufrimiento, y que han sido silenciados por sistemas socio-político-económicos injustos, no podemos quedarnos indiferentes, sino que estamos llamadas y llamados a practicar la misericordia en la justicia. La misericordia nos llevará a ver y sentir las miserias del mundo, las heridas presentes en tantos hombres y mujeres que son humillados y privados de su dignidad, pero también nos llevará a la acción practicada en la justicia.

Dios quiere que la misericordia se viva soltando las cadenas injustas, desatando los lazos de yugo, dejando en libertad a los oprimidos y rompiendo todos los yugos (cf. Is 58, 6ss) que impiden a las personas llegar a ser lo que Él ha proyectado que sean: plenas y felices. La misericordia anuncia el amor y, en la

justicia, denuncia todo aquello que es explotación y humillación de los hijos e hijas de Dios. La justicia cristiana se actúa en la misericordia, es decir, sin odios, amarguras, ni rencores.

“Donde no hay misericordia no hay justicia” nos dice el Papa Francisco, y esto es verdad. Sólo quien es capaz de ser misericordioso será justo y trabajará por la justicia a la manera de Jesús quien, lleno del Espíritu Santo anuncia la Buena Nueva a los pobres, libera a los cautivos, da la vista a los ciegos y da libertad a los oprimidos (cf. Lc 4,18). En Jesús, misericordia y justicia van juntas. También hoy precisamos del Espíritu Santo para vivir la misericordia y la justicia como Dios desea, sin ambigüedades ni tergiversaciones.

Preguntas para la reflexión

- *Busca a nivel local organizaciones que trabajan a favor de la vida, artícúlate a movimientos que trabajan a favor de la justicia, la paz y la integridad de la creación.*
- *Participa en talleres de formación social e intégrate en esfuerzos solidarios a favor de los más vulnerables.*



Agosto

Misericordia: María Madre de Misericordia

Hna. Tarcisia Ciaverella

En el Año de la Misericordia, el Papa Francisco invita a contemplar a María, Madre de la Misericordia, “La Madre del Crucificado Resucitado entró en el santuario de la misericordia divina porque participó íntimamente en el misterio de su amor”, dice el Papa.

En sus diferentes advocaciones, y desde los diferentes santuarios, María, continúa volviendo hacia nosotros “sus ojos misericordiosos”. María, nuestra madre buena, la de la dulce mirada, conoció muy de cerca a Dios, “Grande es tu misericordia plasmada en mi sencillez”. El canto de alabanza a la bondad y misericordia de Dios, que pronunció en el umbral de la casa de Isabel, se extiende «de generación en generación» (Lc 1,50), y se hace eco en nuestros días.

María refleja el rostro maternal y misericordioso de Dios (Lc. 1,39-56)

Quando Lucas habla de María, él piensa en las comunidades de su tiempo que vivían dispersas a lo largo y ancho del Imperio Romano y presenta a María como modelo de escucha y acogida amorosa de la Palabra de Dios. “¡Felices, pues, los que escuchan la palabra de Dios y la observan!” (Lc 11,27-28). Al describir la visita de María a Isabel, Lucas muestra de manera concreta, cómo la escucha y acogida de la Palabra de Dios se transforman en premuroso servicio y acción (Lc 1,39-40). El ángel dijo a María que Isabel estaba embarazada e, inmediatamente, María se levanta y sale de casa para **ayudar a una persona necesitada**. ¡De Nazaret hasta las montañas de Judá son más de 100 kilómetros! En el encuentro de las dos mujeres se manifiesta el don del Espíritu que hace saltar al niño en el seno de Isabel. Las palabras de Isabel, hasta hoy, forman parte de la oración más conocida y rezado en el mundo entero, el *Ave María*.

• **El cántico de María** (Lucas 1,46-56). Muy probablemente, este cántico, ya era conocido y cantado en las comunidades. María canta la transformación que ha acontecido en su propia vida bajo la mirada amorosa de Dios, lleno de misericordia. Por esto canta feliz: “**Exulto de alegría en Dios, mi Salvador**”. La joven de Nazaret canta la fidelidad de Dios para con su pueblo y proclama las acciones que el brazo de Yavéh ha realizado a favor de los pobres y de los hambrientos a lo largo de la historia. La expresión “brazo de Dios” recuerda la liberación del Éxodo. Esta es la fuerza salvadora de Dios que hace posible un mundo y un sistema de relaciones nuevos: “dispersa a los orgullosos, destrona a los poderosos y eleva a los humildes, manda a los ricos con las manos vacías y llena de bienes a los hambrientos”.

Al final recuerda que todo esto es expresión de la misericordia de Dios para con su pueblo y expresión de su fidelidad a las promesas hechas a Abrahán. **La Buena Nueva viene no como recompensa por la observancia de la Ley, sino como expresión de la bondad, de la misericordia y de la fidelidad de Dios a las promesas.**

Como María, ¿cómo experimentamos y cantamos la misericordia de Dios?

Todos estamos llamados, como Jesús y María, a ser signos visibles de lo que Dios es en sí mismo: Amor y Misericordia. Como afirma el Papa, la misericordia es fuente de alegría, de serenidad y de paz. La misericordia sabe perdonar todo y va más allá de la mera justicia.

¿Cómo concretar la misericordia en nuestra vida cotidiana?

El Papa nos invita a practicar las obras de misericordia: siete materiales y siete espirituales. Dar de comer al hambriento; dar de beber al sediento; vestir al desnudo; acoger al forastero; curar enfermos; visitar presos; y enterrar a los muertos es un programa de vida. Lo mismo que dar consejo al que lo necesita; enseñar al que no sabe; corregir al que yerra; consolar al triste; perdonar las ofensas; soportar con paciencia las molestias de la vida y a los molestos; y rogar a Dios por los vivos y los difuntos concretiza nuestro ser cristiano sea cual fuere nuestro estilo y condición de vida.

Al final, lo definitivo y lo que verdaderamente cuenta en la vida, es la práctica de las obras de misericordia (Mt 25, 31-46): *“Lo que hicisteis con uno de éstos, lo hicisteis conmigo”*, nos dirá el Señor. “Lo que hacemos a gentes hambrientas, a inmigrantes indefensos, a enfermos desvalidos, a encarcelados olvidados por todos, tiene un valor absoluto, se lo estamos haciendo al mismo Dios” (Pagola). Por tanto, llenemos del buen olor de la misericordia nuestras familias, nuestras comunidades, nuestros pueblos, lugares de estudio y trabajo.

En este año de la Misericordia acudamos a María, quien en sus diferentes santuarios “atestigua que la misericordia del Hijo de Dios no conoce límites y alcanza a todos sin excluir a ninguno”. El Papa nos invita pues a rezar el *Salve Regina*, “para que nunca se canse de volver a nosotros sus ojos misericordiosos y nos haga dignos de contemplar el rostro de la misericordia, su Hijo Jesús” (NV 24).

Preguntas para la reflexión

- **¿Qué sentimientos suscita en tí esta oración, “Vuelve a nosotros, esos tu ojos misericordiosos”? ¿A qué te invita?**
- **¿Qué nos impide descubrir y vivir la alegría de la presencia misericordiosa de Dios en nuestra vida?**
- **¿Dónde y cómo la alegría por la misericordia de Dios está aconteciendo hoy en mi vida y en la vida de mi familia, escuela, comunidad parroquial?**



Septiembre

Misericordia: Revelada en la Palabra de Dios,

Hna. María Silvia Flores Alvarado

Para conocer qué es la misericordia de Dios necesariamente tenemos que acudir a la Sagrada Escritura porque es en ella donde Dios se nos revela. La Biblia es, ante todo, una hermosa Carta de Amor y de Misericordia, que Dios ha escrito para decirnos cuánto nos ama y cómo está siempre dispuesto a darnos su perdón incondicional. Detrás de tantas historias del pueblo de Israel, en el Antiguo Testamento, encontramos el rostro de Dios que, en su fidelidad, ama a su pueblo, lo rescata de la mano de sus enemigos y lo cubre con su misericordia.

Israel vive en profundidad el amor y la misericordia de Dios pues se da cuenta de que a pesar de sus tantas infidelidades Dios lo rescata y lo atrae hacia sí; por eso el pueblo es capaz de decir convencido: *“¿Qué Dios hay como tú, que perdone la maldad y pase por alto el delito...? Tu mayor placer es amar”* (Miq 7, 18). Cuando los israelitas reconocían su culpa – de haberse alejado de la verdadera Vida, de Dios- pedían perdón con un corazón contrito y deseoso de cambio: *“Misericordia, Señor, misericordia, por tu inmensa ternura borra mi delito”* (Sal 50, 1). *“Acuérdate, Señor, de tu ternura y gran amor, que son de siempre. De los pecados de mi juventud no te acuerdes, pero según tu amor, acuérdate de mí”* (Sal 25, 7-8). Tanto a nivel personal como comunitario Israel era capaz de reconocer sus errores, de arrepentirse de ellos con sincero corazón y de buscar el perdón de Dios en su infinita misericordia.

La voz de Dios llamando a su pueblo a la conversión y a la experiencia de su amor misericordioso se deja escuchar en la Biblia: *“Vengan y hablemos. Así fueran sus pecados como la grana, quedarán blancos como la nieve. Y así fueran rojos como escarlata, cual la lana quedarán”* (Is, 1, 18). No hay duda alguna: Dios ama a su pueblo y lo cubre con su constante misericordia, pues ésta es uno de sus atributos especiales, revelado abiertamente en la Escritura.

La máxima misericordia de Dios se manifiesta en el Nuevo Testamento, en su Hijo Jesús, quien ha venido a darnos a conocer su verdadero rostro. Desde que Jesús inicia su predicación llama a una conversión del corazón, a un cambio de vida, de mentalidad y de actitudes (metanonia): *“Conviértanse y crean en la Buena Nueva”* (Mc 1, 15). Para conocer y recibir la misericordia de Dios es indispensable la **conversión** auténtica y el **creer** en el Evangelio, fuente de vida y verdad.

La acción de Jesús en favor de los enfermos, pobres, marginados y endemoniados no es otra cosa que la manifestación clara de la misericordia

de Dios que se acerca a las y los necesitados para poner en su Corazón de Padre-Madre sus miserias para luego transformarlas en canto de liberación. Los pecadores conocieron la misericordia de Dios a través del perdón que Jesús les dio: *"Tampoco yo te condeno. Vete, y en adelante no peques más"* (Jn 8,11). Quienes oían que Jesús perdonaba los pecados se quedaban sorprendidos y decían: *"¿Quién es éste que hasta perdona los pecados?"* (Lc 7, 49). Sólo Dios podía perdonar los pecados. Jesús nos dice que Dios se alegra cuando logra rescatar a las/los pecadores por medio de su Hijo: *"Alégrense conmigo, porque he hallado la oveja que se me había perdido"* (Lc 15, 6). En la parábola del hijo pródigo vemos en todo su esplendor lo que es la misericordia del Padre: no reprocha al hijo que había decidido alejarse de él, por el contrario, lo espera con amor misericordioso, y cuando lo ve regresar humillado, abatido y pobre corre hacia él, lo abraza, besa y le hace recuperar la dignidad perdida. Hace fiesta por él (cfr. Lc 15, 11-24).

El espacio es poco para hablar más sobre la misericordia de Dios revelada en la Biblia; lo poco que aquí se ha dicho que sea para ayudarnos a profundizar y vivir el amor misericordioso de Dios. La Sagrada Escritura nos dice que para conocer a fondo la misericordia de Dios es necesario: **reconocer las culpas, convertirse, pedir perdón y cambiar de vida.** Cuando experimentamos la misericordia de Dios tenemos que compartirla con las/los demás, no podemos quedarnos con ella como una experiencia intimista, tenemos que darla porque Dios nos la da gratuitamente y pide que la ofrezcamos: *"Misericordia quiero, y no sacrificios"* (Mt, 9,13). Misericordia hacia los pobres, los enfermos, los pecadores, los migrantes, los que nos ofenden; hacia las mujeres maltratadas, los niños de la calle, los últimos de la sociedad. Seamos misericordiosos como Dios es misericordioso.

Preguntas para la reflexión

- **¿Cuáles son las actitudes de Dios ante el sufrimiento de su pueblo?** Busquemos la respuesta en el libro del Éxodo (Ex 3, 7-14; se sugiere una lectura dialogada). ¿A qué nos compromete esto?



Octubre

Misericordia: Testigos y Misioneros

Hna. Saby Embaye

En la vida de la Iglesia, ha habido muchos testigos de la misericordia, en las familias, en la vida religiosa, en el clero; incluso tú y yo estamos llamados a ser testigos. Al anunciar el Año de la Misericordia, el Papa Francisco expresó su deseo de instituir "*Misioneros de la Misericordia*", para que fuesen signos vivos "de cómo el Padre acoge a cuantos están en busca de su perdón". El Papa pide que los Misioneros sean "predicadores convincentes de la misericordia", que inviten a todos "a acercarse « al trono de la gracia, a fin de obtener misericordia y alcanzar la gracia » (Hb 4,16). (MV).

En *Misericordiae Voltus*, el Papa Francisco hace referencia a los "Santos y Beatos que hicieron de la misericordia su misión de vida". Entre ellos menciona a santa Faustina Kowalska quien fue llamada "a entrar en las profundidades de la divina misericordia". Por tanto, vamos a fijar nuestra atención en ella y en otros grandes testigos de la Misericordia: San Daniel Comboni y la Beata Anuarite.

Santa María Faustina Kowalska es considerada apóstol de la Divina Misericordia. Faustina, religiosa católica polaca, nace el 25 de agosto de 1905 y muere el 5 de Octubre de 1938. La tercera de una familia de campesinos pobres. Junto a sus 8 hermanos, pasó muchas privaciones, incluso para entrar al convento de las hermanas de la Madre de Dios de la Misericordia, tuvo que trabajar como sirvienta.

A ella se debe la devoción tan esparcida por todo el mundo del Señor de la Misericordia y de la imagen de Jesús de la Misericordia con la inscripción: "Jesús, confío en ti". De los escritos contenidos en su diario surgió la devoción a la Divina Misericordia, que considera la misericordia como la principal prerrogativa de Jesús. Faustina vivió 13 de sus 33 años en el convento. El mensaje de esta religiosa sin instrucción básica es simple: que Dios es misericordioso, que perdona y que nosotros también debemos ser misericordiosos y debemos perdonar. De acuerdo a ésta devoción, "se accede a la misericordia por la confianza". Tres elementos distintivos de esta devoción son: Pedir su Misericordia, ser misericordiosos y confiar completamente en Jesús.

El 18 de abril de 1993, día de la Fiesta de la Divina Misericordia (Segundo Domingo de Pascua), Juan Pablo II declaró beata a Sor Faustina y su canonización fue también en Roma el 30 de abril de 2000, el Domingo de la Divina Misericordia.

San Daniel Comboni es otro testigo de la misericordia. Comboni compartió plenamente el sentir de Dios por los pueblos del África. Nacido en 1831, en Limone Sul Garda, Italia, Daniel fue el único sobreviviente de una familia pobre. El primero obispo del África central, murió en Jartum, (Sudán - África) el 10 de Octubre de 1881; fue beatificado en Roma el 17 de Marzo de 1996 y canonizado el 05 de Octubre del 2003.

En 1864 concibió un proyecto para el continente africano, considerado entonces inhóspito y salvaje, "la parte del mundo más pobre y abandonada" decía Comboni. Movido por la compasión, Comboni sentía que en el corazón de Jesús, a quien consagró el África, también estaban los Africanos. Por tanto cuando el mundo dudaba si los africanos tenían alma, Daniel Comboni los veía como maestros, evangelizadores, técnicos, ingenieros, artistas, etc. Daniel Comboni sabía que no podría realizar el *Plan de la Regeneración del África* por sí sólo. Por tanto convocó a todas las fuerzas de la Iglesia a que se uniera a su plan, cuyo bajo la consigna, "*Salvar África por medio de África*". Actuando de acuerdo a este plan, funda en 1867 el Instituto de los Misioneros Combonianos y en 1872 el Instituto de las Misioneras Combonianas.

Su compasión, la coherencia sencillez y calidad humana se ven reflejadas en sus múltiples cartas a Papas, Cardenales, obispos, religiosos y religiosas, amigos y familiares. Manifestó incluso una admirable capacidad de acogida y perdón a quienes lo criticaron y acusaron injustamente ante la Santa Sede. "Que digan lo que quieran... pero que continúen trabajando por el África Central" decía Comboni.

Comboni no fue sólo misericordioso y sino también solidario. En el siglo IX Comboni luchó contra la esclavitud, la exclusión social, la violencia, el despojo de las tribus africanas. Durante su ministerio en el África Central, liberó un número considerable de esclavos y les abrió oportunidades educativas en Europa y en África. Como animador nato, recorrió todas las capitales europeas cabildeando por la causa del África. Con voz profética, anunció a toda la Iglesia, congregada para el Concilio Vaticano I, la hora del África y pidió que las Iglesia toda apoyara a los pueblos del África (Postulatum de 1870).

Su carta magna es la homilía pronunciada en Jartúm en 1873, "Vuestro bien será el mío y vuestras penas también serán las mías". Como padre y pastor, estuvo muy cerca de sus misioneros y de los pueblos del África Central. Con su calidez humana y su compasión, les devolvió la confianza y les propició espacios para una vida plena y digna.

Clementina Nengapeta Anuarite, es otra testiga de la misericordia. Nacida en 1939 en Isiro, República Democrática del Congo, RDC, Anuarite, religiosa de la Congregación de las Hermanas de la Sagrada Familia, desplegó una madurez cristiana admirable al perdonar a su asesino antes de morir. El drama que la llevaría al martirio en 1964 fue en el marco de la guerra civil en la RDC. La guerra y el conflicto interno que vivieron las religiosas en Zaire durante la la guerra civil no es diferente al drama y al dolor que viven hoy en día millones de personas en Centroáfrica, Sur Sudán, Siria, Irak, en Centroamérica e incluso en México. El martirio de Anuarite, testigo fiel, dio inicio con la deportación de las religiosas por un grupo de fanáticos que se hacían llamar los Simbas. Anuarite, como tantas otras mujeres, migrantes y refugiadas, las millones de traficadas alrededor del mundo, fue salvajemente maltratada y asesinada por no sucumbir a las pretensiones del comandante Olombe quien intento violarla. Los padres de Anuarite asistieron a su beatificación en Kinshasa, capital de la RDC el 15 de agosto de 1985, y también perdonaron al asesino de su hija.

¿Tendrá sentido el perdón? En un mundo de palabras huecas, perdonar se convierte en un signo. Constituye un gran testimonio. El perdón libera, Perdonar no significa olvidar ni negar, ni renunciar al que se haga justicia. Las misioneras Combonianas hemos vivido en carne propia la crueldad de la guerra. En innumerables ocasiones, las escuelas, iglesias y hospitales, los pueblos en que hemos vivido y trabajado han sido arrasados. La guerra es cruel, pero las consecuencias, los traumas que deja son aún más devastadores, ya que resquebraja y rompe el tejido humano y fragmenta el sentido de ser pueblo. La guerra deshumaniza. Por eso es que en muchos países nuestra servicio misionero equivale a acompañar los procesos de perdón y de paz. Anuarite, se convierte en un icono del perdón para los pueblos de África y el mundo. No es olvido de la memoria histórica, ni el abandono de la búsqueda de la justicia, sino es darse una nueva oportunidad. Nelson Mandela, quien estuvo 27 años en una cárcel de Sudáfrica decía que cuando una persona aprende a liberarse del miedo y del odio, su presencia automáticamente libera a los demás. Dijo también que nadie nace odiando y que si la gente aprende a odiar, "también se les puede enseñar a amar. Como dice San Juan de la Cruz, "donde no haya amor, ponga amor, y sacará amor". Daniel Comboni, Anuarite, Mandela, Josefina Bakhita y tantos santos son testigos que este tipo de acciones no es sólo posible, sino necesario.

El Papa Francisco nos dice que este año de la misericordia es para ser tocados por el Señor y para convertirnos también nosotros en testigos de misericordia. Este es el gran reto en este año de la misericordia. Que por nuestro testimonio coherente y auténtico, el mundo sepa que es tiempo de creer, que aún se puede esperar, que aún queda sitio para la ternura. Seamos testigos de que la misericordia aún es posible.

Preguntas para la reflexión

- *¿Conoces a alguien cuya vida que han hecho de la misericordia "su misión de vida"? Para que la buena noticia de Jesús llegara hasta nosotros, se ha requerido de testigos. Piensa en la(s) persona(s) cuyo testimonio de vida fue(ron) un medio de evangelización para ti....*
- *Todos estamos llamados a ser testigos. Piensa en cuantos(as) en tu comunidad/ parroquia han sido contagiados por tu coherencia de vida, por tu experiencia y tu relación personal con Jesús... En silencio, invítalos a esta nuestra oración.*



Noviembre

Misericordia: Sanar las Heridas del Mundo

Hna. Cecilia Sierra Salcido

El Papa Francisco convocó al Jubileo Extraordinario de la Misericordia y dijo que este es un "tiempo favorable para curar heridas". La razón primordial por la cual se ha instituido este tiempo de misericordia, dijo el Papa, es "porque la Iglesia, en este momento de grandes cambios históricos, está llamada a ofrecer con mayor intensidad los signos de la presencia y de la cercanía de Dios".

Los dispositivos de poder han intentado someter al silencio e invisibilizar a las grandes mayorías arrebatándoles su dignidad de ser sujetos de derechos e impulsoras de cambios sociales y políticos. Por esta razón en las conferencias episcopales se escucha el grito ahogado de tantos seguidores de Jesús. ¡Misericordia! ¡Basta ya! En su mensaje, "¡Basta ya!" los obispos de México gritaron su repudio a la violencia generalizada y su solidaridad con el despertar de la sociedad civil. "¡Basta ya! No queremos más sangre. No queremos más muertes. No queremos más desaparecidos. No queremos más dolor ni más vergüenza". De igual manera, los obispos de Guatemala hacen eco a este grito, "¿Cómo es posible que esta fe en Jesús no nos lleve a compromisos prácticos para conseguir una vida digna y plena?" "¿Por qué nuestra fe cristiana tiene tan poca incidencia en el cambio social, en el que prácticamente es irrelevante?"

José Antonio Pagola, teólogo español, advierte que estamos "atrapados en una crisis global" y señala que el sistema económico financiero generado por el capitalismo neoliberal es inmoral e inhumano. Con énfasis afirma que la actual crisis no es sólo una crisis económico-financiera, sino una "crisis de la Humanidad". Declara que mientras dos tercios de la Humanidad se hunden en la miseria, la destrucción y el hambre, unos pocos, dirigen la marcha del mundo, gozando de un "bienestar insensato y deshumanizador" que "destruye la vida de inmensas mayorías de seres humanos indefensos".

Ante esta perspectiva de una humanidad "rota y fragmentada", Pagola recuerda el sueño de Dios de humanizar la historia, que fue lo que movió a Jesús de Nazaret. "Es posible un mundo diferente, más justo, más humano y dichoso, precisamente porque Dios lo quiere así", porque esta es su voluntad. Pagola insiste que los "predilectos del Padre" son los pobres, y que a ellos "pertenece el Reino de Dios" y pide por tanto, que ningún seguidor de Jesús abuse de ellos ni sea cómplice de quienes los maltratan y asesinan. El sistema financiero, dice Pagola, se encuentra radicalmente opuesto al reino de Dios. y "sacrifica más vidas y causa más sufrimiento, hambre y destrucción humana que cualquier otro poder" ya que "anula leyes y mecanismos y deja sin protección a los países y poblaciones más débiles".

Esto mismo lo plantea el Papa Francisco en su encíclica *Laudato Sii*. El proyecto de amor de Dios parece haberse resquebrajado. La degradación del medio ambiente y la degradación humana y social, dice el Papa, "afectan de un modo especial a los más débiles del planeta" (48).

Es por eso que es más urgente que nunca recuperar la compasión, como "principio de acción". Según Pagola, a Dios no lo define el poder, sino "sus entrañas maternas". De hecho, Jesús le da más importancia al sufrimiento que al pecado, "su primera preocupación" es el sufrimiento de las multitudes

enfermas y hambrientas, el dolor de pecadores y prostitutas a causa de la exclusión religiosa. Por tanto, el pecado actual es la indiferencia, “resistirse a tomar parte en el sufrimiento de los otros encerrándonos en nuestro propio bienestar”.

En este sentido, «*Sed compasivos como vuestro Padre*» es “el único camino para reaccionar ante el clamor de los que sufren y para construir un mundo más humano”. Es necesario agotar todos los recursos para “erradicar el sufrimiento” y “tomar en serio el sufrimiento de los inocentes” pues “es inaceptable para Dios”, dice Pagola.

Ante tanto sufrimiento, los seguidores de Jesús no pueden cruzarse de brazos. En el mundo y en Latinoamérica, somos testigos de un recrudecimiento de la violencia, “muchas personas viven sometidas por el miedo, la desconfianza al encontrarse indefensas ante la amenaza de grupos criminales y, en algunos casos, la lamentable corrupción de las autoridades”. Ante tanto sufrimiento y muerte de inocentes, los preferidos de Dios, es necesario que los seguidores de Jesús pasen de la indiferencia a la compasión. “Una fe de devociones externas puede consolarnos y no molesta, pero no cambia nuestra realidad”, dicen los obispos. “Este no es un tiempo para estar distraídos” dice el Papa Francisco. Es necesario salir del letargo en que nos hemos mantenido. Las bienaventuranzas nos indican el camino hacia un mundo más humano y justo que inicia desde los últimos. Es preciso “buscar el Reino y su justicia”, y encontrar caminos para “*Humanizar el mundo comenzando por los últimos*”.

Según Pagola, la «sociedad del bienestar» se vive de espaldas a la “sociedad del malestar en la que millones de seres humanos nacen para extinguirse a los pocos años”. En todos los pueblos tenemos casos emblemáticos de sufrimiento inocente: Hiroshima y Nagasaki, las madres de la Plaza de Mayo en Argentina, el movimiento estudiantil del 68, el Holocausto, los pueblos mayas de Guatemala, los 43 desaparecidos en Ayotzinapa.... la lista es infinita. Debemos luchar contra el olvido de las víctimas, que nunca olvidemos el dolor de nuestros pueblos, que la sangre inocente derramada como la de Abel, nos grite. Tenemos memoria corta. La “cultura de la compasión” es un buen antídoto contra “la amnesia y el olvido cruel de los millones de seres humanos que sufren”.

Los seguidores de Jesús tendríamos que ir más allá de las devociones y los ritos. En nuestras Iglesias hay poca hambre de justicia, faltan gestos de ternura y misericordia. Dejémonos cuestionar por el sufrimiento injusto. Que al adorar al Crucificado podamos ver reflejados en él a los millones de crucificados de hoy. Es preciso pues, desenmascarar la inhumanidad y reconocer en ella “nuestra complicidad”, dice Pagola y añade, “encontrar nuestro lugar junto a las víctimas de la crisis no es sólo dar un donativo de vez en cuando”, sino involucrarnos, “organizar la economía familiar pensando en tantos otros, asumir algún tipo de voluntariado o servicio de ayuda a migrantes, y desprotegidos. Los obispos han animado a la ciudadanía a “formar, animar y motivar a nuestras comunidades diocesanas para acompañar espiritual y solidariamente a las víctimas de la violencia en todo el país”. Ellos han pedido que los seguidores de Jesús “colaboren con los procesos de reconciliación y búsqueda de paz”. Nuestra consigna es “misericordiosos como el Padre”, con una “compasión responsable y solidaria, hemos de defender y promover la defensa de lo común”, y la defensa de “la familia como lugar por excelencia de relaciones gratuitas”.

El Papa Francisco declara, “Nuestra oración se hace aún más intensa y se convierte en un grito de auxilio al Padre, rico en misericordia, para que sostenga la fe de tantos hermanos y hermanas que sufren, a la vez que pedimos que convierta nuestros corazones, para pasar de la indiferencia a la compasión”.

Preguntas para la reflexión

- **Hagamos un examen de conciencia, ¿Qué diferencia estamos haciendo los dos mil millones de cristianos que vivimos en el mundo? ¿Qué diferencia hace mi comunidad parroquial?**
- **Interésate acerca de la situación y eventos del país, de la comunidad y la familia y tratar de descubrir en ellos la acción del Espíritu de Dios. ¿A qué otras acciones concretas me invita a comprometerme hoy el Espíritu de Dios?**



Diciembre

Misericordia: Dios con Nosotros,

Hna. Esperanza Quezada Serna

Celebrar la navidad es contemplar el **misterio de la misericordia de Dios**. La Navidad es un tiempo de gracia.

Es fiesta de humanización, que celebra lo más humano de la vida: el amor, la ternura, la familia y la solidaridad... ¿Qué debo hacer para que no se me escape una Navidad más, para vivirla a fondo?

El evangelio de Lucas nos sitúa en el marco del nacimiento de Jesús de Nazaret. De acuerdo al texto evangélico, José y María tienen que desplazarse hasta Belén. Y María está a punto de dar a luz (Lc 2, 1-20). En el nacimiento de Jesús, pastores vieron una gran luz; su nacimiento fue un signo de alegría y de esperanza para el pueblo pobre y oprimido. Con el paso del tiempo, este escenario cambió. Desaparecieron la oscuridad de la noche, el pesebre, el buey y las pajas y aparecieron el brillo de las luces, los supermercados de lujo, los muñecos de nieve, el lujo del comercio, el dios del dinero. "La Navidad que fue ocasión para reconocer a Dios-con-nosotros, se convirtió en una búsqueda de placer individual y en un oportunismo mercantilista". La sencillez del pesebre viene remplazada por la opulencia de los centros comerciales. Inmersos en una sociedad consumista, fácilmente banalizamos el misterio de la Encarnación y convertimos esta celebración de encuentro en una oportunidad de derroche y consumo.

Jesús vino a los suyos, pero los suyos no lo recibieron. Su venida no se refiere a un hecho histórico de hace más de 2 mil años. Jesús viene a los suyos y es rechazado también hoy. En Belén no había lugar para José y María. Hoy, en nuestras familias y comunidades muchos son también dejados fuera. En el mundo fragmentado e individualista en que vivimos, Dios nos visita a través de los enfermos de VIH y SIDA, a través del hijo o la hija gay, sicario, etc., se hace presente en los migrantes, de los víctimas de trata, de las familias refugiadas en zonas de conflicto. Grita justicia a través de las madres de los desaparecidos que demandan que se entregue a sus hijos con vida. Jesús sigue naciendo sin casa, perseguido, pobre y vulnerable en Sudán, Siria, Iraq y Centroáfrica. Sigue siendo rechazado como los millones que quedan fuera de las reformas migratorias, sigue naciendo en medio de un pueblo extorsionado, entre la violencia y el miedo en que viven nuestros pueblos.

El Papa Francisco añade, "Hay verdaderamente muchas lágrimas en esta Navidad junto con las lágrimas del Niño Jesús". Por las noticias o al salir a la calle nos damos cuenta de que todavía hoy hay tantos Herodes que persiguen al Niño Jesús. El Papa Francisco nos advierte para no ser parte de la "globalización de la indiferencia" ¿Tienes un corazón indiferente, apático? Nuestras manos están "preñadas de sangre", dice el Papa, por la indiferencia y la apatía. Se necesita la fuerza del Espíritu Santo en cada uno de nosotros(as) para sacudirnos esta indiferencia, la valentía para ir contra corriente, sabiendo que, Jesús nos asegura que: "lo que hayan hecho a uno solo de estos, mis hermanos menores, me lo hicieron a Mi" (Mateo 25:40).

Jesús viene a los suyos. Quiere habitar entre nosotros. Pero muchos de nosotros, cristianos de Iglesia, estamos muy ocupados. Son muchos los quehaceres que nos preocupan y distraen. Estamos tan llenos de trabajo, tan inmersos en la preparación de Navidad, que prácticamente se nos olvida por Quien y para Quien estamos haciendo todo lo que hacemos. En medio de tantas actividades, apenas disponemos de unos minutos para hacerle un lugar en nuestra vida al Señor que viene. El Papa recordó que un santo decía: "Tengo temor de que el Señor pase. ¿Saben por qué tenía temor? Temor de no darse cuenta y dejarlo pasar".

¿Cómo entender el paso de Dios en nuestra vida diaria? Una de las maneras sencillas y claras, es cuando sentimos el deseo de hacer algo bueno por alguien, perdonar a alguien que nos ha ofendido, o cuando queremos confesarnos. Con facilidad el maligno nos desalienta de hacer algo bueno por alguien, o por nosotros mismos, con fáciles excusas, temores, ¿Qué pensará el otro(a), más tarde lo hago, cuando tenga más tiempo, etc. "Si tú sientes esto, **detente**. Allí está el Señor. Y ve a rezar... limpia un poco el corazón. Eso hace bien. Pero recuerda, si tú sientes esas ganas de mejorar, es El quien llama. No lo dejes pasar" dice el Papa Francisco. Es la Misericordia de Dios que está pasando por tu vida.

Todos tenemos buenos deseos para Navidad. Pero nuestros buenos deseos se ven nublados por la incongruencia, las tribulaciones y la falta de compromiso, lo que el Papa Francisco llama la "mundanidad espiritual". El Papa Francisco nos advierte del relativismo práctico que consiste en "actuar como si Dios no existiera, decidir como si los pobres no existieran, soñar como si los demás no existieran, trabajar como si quienes no recibieran el anuncio no existieran" (EG 80).

El Papa Francisco nos dice: "es algo feo cuando se ve a un cristiano que no quiere abajarse, que no quiere servir. Un cristiano que se pavonea por todos lados ¿es feo eso, no? ¡Ese no es un cristiano! ¡Es un pagano! ¡El cristiano sirve, se abaja! ¡Hagamos de tal modo que estos nuestros hermanos y hermanas nunca se sientan solos!"

En la **Encarnación de Jesús** se nos revela la misericordia de Dios. Dice el Papa Francisco: Misericordia es la vía que une a Dios con la humanidad, "porque abre el corazón a la esperanza de ser amados para siempre, no obstante el límite de nuestro pecado, en Cristo Jesús hecho hombre". Dios es Misericordia, se abaja hacia nosotros, nos levanta del polvo, endereza lo ya torcido, y levanta de la basura al pobre. El Papa Francisco asegura que "el Verbo, que encontró morada en el seno virginal de María, en la celebración de la Navidad, viene a llamar nuevamente al corazón de cada cristiano. Pasa y llama. Cada uno de nosotros está llamado a responder, como María, con un "sí" personal y sincero, poniéndose plenamente a disposición de Dios y de su misericordia, de su amor".

Jesús nació en medio de su pueblo, entre nosotros, como uno más. Nace pobre, frágil, indefenso, como muchos en nuestro mundo hoy. El texto sagrado nos cuenta que en la oscuridad de la noche, en una cueva, una joven nazarena dio a luz a un niño pobre. Era la Navidad.

A quienes lo recibieron les dio poder de hacerse hijos e hijas de Dios. Por la presencia del Dios con nosotros se nos capacita para la solidaridad, para propiciar encuentros, para dar y recibir ternura. El Dios con nosotros nos empodera para acoger y para reconocernos miembros de una única familia. Dios nos dona la capacidad de acciones valientes y audaces.

Navidad es la respuesta de Dios a la tragedia humana que se manifiesta en la injusticia, la violencia, la opresión, la contaminación ambiental y la destrucción de la vida. A ti y a mí, como a Jesús, nos corresponde ser signo, sacramento y mediación humana de la misericordia divina.

Participar de la Navidad es asumir un proyecto de transformación a favor de la vida de los pobres, los predilectos del corazón de Dios. Vivir la Navidad nos provoca a comprometernos por la vida que se nos manifiesta en tantas situaciones que son representadas en este niño pobre, indefenso y vulnerable.

Preguntas para la reflexión

- *Jesús nace en un pueblo pobre y vulnerable, frágil e indefenso; Contar su historia, las circunstancias de su nacimiento y su vida toda son un desafío. ¿Qué estoy dispuesta/o a hacer para que mi familia y cada uno de nosotros sintonicemos con el Dios que escogió nacer pobre e indefenso? ¿Cuál es mi compromiso?*

Las obras de misericordia espirituales son éstas:

1. Enseñar al que no sabe.
2. Dar buen consejo al que lo necesita.
3. Corregir al que se equivoca.
4. Perdonar las ofensas.
5. Consolar al triste.
6. Soportar con paciencia los defectos del prójimo.
7. Rogar a Dios por los vivos y difuntos.

Las obras de misericordia corporales son éstas:

1. Visitar y cuidar a los enfermos.
2. Dar de comer al hambriento.
3. Dar de beber al sediento.
4. Dar posada al peregrino.
5. Vestir al desnudo.
1. Redimir y visitar al cautivo.
2. Enterrar a los muertos.